

despecho de la vanidad herida, y poco tuvo de particular el que se fuese trocando por momentos en afición á Pura el odio que Guillermo comenzó á sentir hacia los infatuos Marqueses.

De un modo ó de otro, aquel plan, nada nuevo ni extraordinario, estaba ya produciendo aparentemente el resultado apetecido... Lánguida y triste, veía la linda joven acercarse á Guillermo, cuando éste, después de haber bailado y hablado con las que en otro tiempo desatendía, se dignaba, al cabo, ir á saludarla... Procuraba entonces retenerlo con mil preguntas, cual si le quisiera demostrar que los Marqueses no se oponían á que hablasen, ó que, pues á ella no le importaba nada el disenso paterno, tampoco debía importar le á él... Pero Guillermo volvía á saludarla de pronto, ceremoniosamente, y se iba, con el *claque* debajo del brazo, en busca del *écarté* ó del tresillo, dejándola allí más lánguida y triste que antes..., bien que algún malicioso hubiese podido vislumbrar á la postre en sus divinos labios no sé qué indefinible sonrisa...

¿Estaría la pícara segura de *triunfar*, ó sea de vencer á aquel gigante tan desdeñoso, postrándole á sus pies?

¡Quién sabe!

VII

IDILIO MADRILEÑO

Así las cosas, la noche del 20 de Febrero hubo un gran baile en casa de los opulentos Duques de Carmona... Estaban allí todas las personas distinguidas de la corte, ó sea todas las aristocracias, la heráldica, la política, la mili-

tar, la del saber, la del dinero, la de las letras y la de las artes, y, con ser tan espaciosos aquellos salones y galerías, no se cabía en ellos materialmente. Por fortuna, habíase improvisado un jardín artificial en el gran patio de la casa, cubierto de cristales y templado por multitud de caloríferos, y desde él se pasaba á las amplias estufas del verdadero jardín, todas ellas ricamente alfombradas y llenas de macetones con altos árboles exóticos... Discurrían, pues, por aquellos fantásticos vergeles en busca de aire y de libertad, muchas parejas, fingiéndose que andaban por el campo; y, como la iluminación estaba amortiguada y dispuesta de modo que imitase la plácida claridad de la luna, la ilusión de los paseantes era completa.

Cuando, en uno de los más atestados y calurosos salones del principal, fué Guillermo á saludar á la Marquesita, aseguróse ésta de que ni sus padres ni persona ninguna que la conociera ó tratara estaba al alcance de sus perspicaces ojos, y, en vez de contestar con meras palabras al saludo del gallardo ingeniero, levantóse resueltamente, se cogió de su brazo y le dijo con bien representada vehemencia:

—¡Sáqueme usted de aquí!... ¡Esto es ahogarse! ¡Lléveme á las galerías improvisadas en los invernaderos, que dicen están muy preciosas!... Allí podrá usted dejarme con cualquier persona conocida y marcharse, como otras noches, en busca de su adorado *écarté*...

Guillermo no pudo, ni, pudiendo, hubiera intentado eludir aquel compromiso. La soledad ó libertad resultante del mismo cúmulo de gente; la embriagadora atmósfera, cargada de aroma de violeta, que en el salón se respiraba; los hechizos de Pura, que, en noche tan so-

lemne, lucía todas sus gracias juveniles por prescripción de la modista; el acercarse ya el Carnaval, y con él la terminación de aquellos grandes bailes que permiten á las jóvenes campar un poco por sus respetos, todo contribuyó á que el novel diputado olvidase un poco su programa, y se creyera muy dichoso en llevar del brazo á la bella, elegante y joven, cuanto rica, noble y discreta persona... que tal vez le amaba muy de veras, y de quien el rigor de los astros ó las preocupaciones sociales le impedían ser dulce y legal compañero por toda la vida...

Mientras que anduvieron pugnando por abrirse paso entre las disformes colas de seda y encajes, y aun de verdaderas plumas, que arrastraban á guisa de apéndice propio tantas y tan lujosas nietas de la desnuda Eva, nada interesante se dijeron nuestros dos jóvenes; pero, cuando llegaron á los poéticos vergeles que hemos descrito, Pura se dejó caer un poco sobre el brazo que le daba Guillermo y murmuró dulcísicamente:

—Ya puede usted dejarme si le estorbo... Allí distingo un amigo, que tendrá la bondad de acompañarme...

—¿Lo dice usted porque desea que la deje? ¡En tal caso, me retiraré!...—respondió Guillermo con amargura.

—Pero si, por el contrario, va usted á gusto conmigo...

—¡Muy á gusto!...—suspiró la linda doncella, tan quemadamente como si revelase un secreto.

—Entonces..., prosigamos hasta que usted se canse...—repuso el joven.—Estas galerías de plantas y flores prisioneras no pueden estar más deliciosas...

—¡Un poco solas y obscuras por allá abajo!...—observó la Marquesita, estremeciéndose y dejando de andar, pero cada vez más asida del brazo de Guillermo.

—¿Le da á usted miedo yendo conmigo?—interrogó éste con suavidad engañosa.

—Miedo... no; pero podrán decir que huímos demasiado de la gente y de la luz...

—Allí hay gente también... Entre ella la dueña de la casa, á quien oigo hablar en este momento...

—Razón de más para que no vayamos...—repitió la Marquesita bajando los ojos;—pues la pobre Jacoba tendría celos al verlo á usted en mi compañía...

—Aun suponiendo que la Duquesa gustara de mí, como usted supone equivocadamente...—exclamó Guillermo en estilo parlamentario,—no le causaría celos verme al lado de una señorita con quien todo el mundo sabe que no tengo, ni puedo tener, más relaciones que una... *antigua* mortificada amistad.

—¡Ingrato! ¿Por qué me dice usted eso?—gimió tristemente Pura, volviendo la cabeza hacia la derecha, como para ocultar su emoción.

Pero Guillermo se inclinó en el mismo sentido, y vió que dos lágrimas corrían por el angélico rostro de la Marquesita, mientras que sus hechiceros labios se contraían y temblaban como si reprimiesen un sollozo.

Aquellas lágrimas trastornaron completamente al joven. Su historia con Pura, Pura misma, la hostilidad de sus padres, el porvenir legítimo y natural de un amor tan tiernamente sentido, se le presentaron bajo nuevo aspecto. Pues la noble heredera le quería hasta el extremo de llorar por él... (¡de llorar, que es rendir la esencia del corazón, la sangre del alma, las perlas divinas de la virginal corona!) sólo faltaba averiguar si estaba dotada de firmeza y dignidad bastantes para no hacer sacrílegos

cambios de ídolo y culto en su inocente pecho, á merced de vanas ó ruines conveniencias de su familia... Y en este caso, es decir, en el supuesto de que Pura se honrase á sí propia defendiendo los fueros de su pasión, la sinceridad de sus lágrimas, la integridad de su decoro, para que el dios Himeneo no se mofara nunca de ella al verla sonreír á un hombre que no fuese el mismo con quien había llorado tan amarteladamente, incumbencia sería de los soberbios padres allanar el camino de la felicidad de su hija... ¡Ningún sacrificio de orgullo tendría que hacer Guillermo para obtener la mano de aquella Grande de España, en quien solamente le agradaban y le seducían la discreción y la hermosura, y de modo alguno los blasones!... ¡Bastaría con tratar menos desdeñosamente á la encantadora niña que había tomado la iniciativa en tales amores, ó sido la primera en amar, y que le hacía el alto honor de derramar por él tan precioso llanto!...

Todo esto lo pensó y sintió el joven con la rapidez que siente y piensa el amor propio lisonjeado por el amor ajeno. Y, como resumen de sus pensamientos y sensaciones, lo que Guillermo experimentaba era ufanía y gratitud por las dos lágrimas que humedecían las mejillas de Pura, y pena de que llegaran á secarse, y dolor de que no las viese antes el mundo entero, cual si el antiguo misántropo temiera, en medio de todo, que algún día fuesen olvidadas ó negadas...

—¡Usted llora por mí!...—díjole, en suma, cogiéndole una mano, que la aristócrata no retiró.—¿Usted me ama? ¿Usted desea que yo la quiera? ¿Pues no sabe que la adoro?

Pura se sonrió de un modo inexplicable; y, como al

propio tiempo se viese avanzar un grupo de damas y caballeros por el extremo obscuro de la galería, soltó el brazo de Guillermo, diciéndole apresuradamente:

—Márchese usted ahora... Allí vienen la Duquesa y mi mamá... ¡Acabo de oirla reír!... Pasado mañana nos veremos en el teatro Real, ¿no es cierto?

—Sí..., sí, vida mía... ¡Hasta pasado mañana!—respondió nuestro héroe, besando con los ojos el lindo semblante y los desnudos hombros y brazos de la bien modelada virgen.

Y tomó el camino del patio, y desde allí la escalera arriba, en busca de los gabinetes de fumar y de juego, asombrándose de haber estado triste alguna vez en el mundo, cuando la Felicidad era una diosa tan amable y condescendiente con los buenos mozos y oradores de punta, que no había más que alargar el brazo para cogerla por el talle y ser dueños de ella por toda la vida...

VIII

UN DIPLOMÁTICO

Pero ¿y Julia? ¿Había sido ya olvidada por Guillermo?

¡De ningún modo! Guillermo no la había olvidado; pero el mundo... ¡el mundo iba dando la razón á la ingenua proscrita, ó sea confirmando aquellos anatemas que tan valientemente fulminó contra sí propia en el jardín del cortijo para atajar los temerarios proyectos del joven!...

Queremos decir que á éste se le habían presentado nuevas ocasiones, desde que frecuentaba los altos círculos, de adquirir noticias acerca de *la Pródiga...*, bien que ninguna de hablar con persona desapasionada y justa que la hubiese tratado íntimamente, y que tales horrores y espantos había oído, que, á pesar suyo, ó tal vez sin mucho pesar, se iba convenciendo de que unirse, en cualquier modo que fuera, á aquella infortunada, equivaldría á romper con el género humano, á colocarse *fuera de la ley*, á librar imprudente batalla á la sociedad constituida, ¡cosa muy grave para quien tales halagos recibía del gran mundo y estaba en visperas de ser Ministro!

Porque es el caso que hombres y mujeres, viejos y jóvenes, habían respondido á las habilidosas preguntas del ingeniero acerca de Julia con grandes exclamaciones de reprobación y escándalo, ni más ni menos que la intolerante Duquesa de marras, apresurándose todos á añadir, incluso personas emparentadas con la dueña del *Abencerraje*, “que sólo la conocían de nombre, ó de cuando era moza soltera, puesto que su casamiento y las deplorables y ruidosas aventuras de su viudez habían ocurrido fuera de España, y aun algunas de ellas fuera de Europa...” No la nombraban, empero, los hombres sin celebrar en voz muy baja su incomparable y maravillosa hermosura, ni las mujeres sin dar todavía señales de rencor y envidia: de donde era fácil colegir la duda de si unos y otras habían sido más desairados y heridos por ella que realmente escandalizados por sus excesos.

Todos la creían muerta hacía algunos años: según la versión general, en Oriente y por suicidio, dentro de un camarín lleno de flores, entre los brazos de arrogantisimo

esclavo negro; según otros, en el Hospital de pobres de Copenhague, en la mayor miseria; y según noticia muy reciente, batallando, vestida de hombre, contra los rusos, en no sé qué lugar del Cáucaso; lo cual daba claro á entender que, por lo menos en cuanto al epílogo, los biógrafos de *la Pródiga* no habían bebido en muy buenas fuentes.

También era de notar la discordancia y contradicción de las terribles historias galantes que cada narrador ó narradora le atribuía, así como el que entre ellas no figurase casi ninguna de las que contó el célebre Secretario ó fiel de fechos, con referencia á rumores de la capital de la provincia, el día que Guillermo y sus amigos oyeron hablar por primera vez de Julia... Pero siempre resultaba una conformidad espantosa en el fondo de invenciones tan desemejantes y en el hecho definitivo de condenar y abominar á la supuesta heroína... ¡Decididamente, aquella mujer tenía la desgracia, por fatalidad de su destino ó por hechura de su espíritu y su cuerpo, de que no se la juzgase idónea sino para lances trágicos y cosas inauditas, del más puro género byroniano!

Grande fué, pues, la curiosidad y aun la emoción de Guillermo cuando la mencionada noche, al entrar en el despacho del Duque, donde se fumaba mucho y muy de prisa, uno de sus nuevos amigos, el Barón del Suelo, calavera impenitente, no obstante haber llegado por dos veces á la mayor edad, acercóse á él y le dijo con la irreflexiva solicitud del escepticismo:

—¡Me alegro de ver á usted, joven Mirabeau!—¡Ven acá, Manolo! Te presento al Tenorio del día, D. Guillermo de Loja, cuyo gran discurso habrás leído en París,

y de quien se dice que esta misma semana será Ministro de Fomento. Aficionado, como todos los calaveras trascendentales, á la arqueología amatoria, desea tener noticias autorizadas, ya que no puedan ser auténticas (así me lo indicó la otra noche), sobre *quién fué y cómo fué* en realidad la pobre Julia de ***, á la cual tú conociste tanto en esos mundos de Dios... Señor de Loja, presento á usted la bella aunque averiada humanidad del Conde de las Acacias, avaro, solterón, diplomático, de sesenta años y pico, que se ha pasado toda la vida en nuestras Legaciones y Embajadas de Europa y de América, y á quien idolatran cuantos tienen la honra de conocerle, sean rusos, sean moros, sean yankis, sean judíos... Acaba de llegar de Viena, donde ha sido nuestro Ministro Plenipotenciario, y pronto saldrá para Wáshington vestido del mismo carácter... Conque ahí se quedan ustedes... Hablen de Julia... ¡Yo voy á ver si me desquito al *écarté* de lo que me ha ganado al tresillo este bribón de Manolo!

El Conde de las Acacias, hombre adorable, por lo menos para la vida de los salones; sin voluntad, entusiasmos íntimos, ni otro móvil espiritual que una fría inteligencia más clara que el agua, todo ojos, calva, exclamaciones y sonrisas; despreciador profundo y servidor constante de las pasiones... ajenas (pues no las tenía propias); que llevaba el frac como los veteranos el cotidiano uniforme, y en quien la vejez no era ancianidad, sino cierta especie de juventud estropeada que seguía usando por apego á lo conocido, dió un cigarro á Guillermo, diciéndole: "Tome usted... Estos son mejores que los del Duque..."; sentóse luego junto á él en un diván

del despacho; y, entre una y otra bocanada de humo, le habló de la siguiente manera, con melancólica lentitud:

IX

VERDADERA HISTORIA DE JULIA

¡Pch!... ¡la pobre Julia!... ¡Lástima de mujer!... Yo creo que vive, y que debe de estar en algún pueblecillo de Andalucía ó en algún convento... ¡No! ¡En convento, no!... En casa de algún cortijero de sus antiguos estados... *Aut Caesar, aut nihil*... fué siempre su lema; y, al verse arruinada se iría á reinar sobre una docena de gallinas... Pero ¿qué estoy diciendo que usted no sepa? ¡Cuando usted, diputado del Mediodía, pide en Madrid informes de Julia de ***, es señal evidente de que la ha visto en aquel país y hecho justicia á sus grandes cualidades!... Todavía debe de estar guapa... ¡Es muy joven!... Cuando vuelva usted á verla, ó le escriba, déle expresiones de su amigo Manolo, pues las agradecerá de seguro... ¡Siempre nos hemos querido bien! No me conteste usted nada... ¡No me diga si acierto ó si me equivoco: no me engañe, sin necesidad alguna de mentir, ni me confiese la verdad, habiendo inconveniente en ello!... Yo soy hombre de mundo, y diplomático, y sé reducirme á vivir de adivinaciones y conjeturas...

Guillermo saludó afectuosamente al Conde, el cual miró al techo, y luego á su cigarro, volviendo á decir con artística mansedumbre:

—¡Pch! ¡la pobre Julieta!... A mí no me hizo caso

nunca..., aunque me quería mucho. "Te sobra talento (solía decirme) y te falta corazón (¡ya ve usted! ¡dos injusticias!) para conseguir enamorarme... Conténtate con la amistad fraternal que nos une desde que yo era niña..." ¡Ah! ¡Buena mujer! ¡Buena! ¡Algo mejor que muchas que lo son oficialmente..., habiendo pecado bastante más que ella y con peores miras!... El gran delito de Julia, por lo que respecta al mundo en que estamos, y dado su temperamento greco-latino, es no haber vuelto á casarse, y, sobre todo, haberse quedado sin un maravedí... Si hoy conservara sus millones, y hubiese contraído nuevas nupcias con cualquiera de sus amantes, sin perjuicio de tener en seguida amores con los demás; si hubiera venido á Madrid acompañada de esposo y cortejo, bien que el esposo fuese un tahur y el cortejo un perdonavidas, podría estar dando este baile, ú otro mucho más concurrido, para el cual todos los aquí presentes habríamos buscado una invitación, teniendo á mucha honra danzar, refrescar, cenar, fumar y jugar en él... ¡Digo! ¡Porque no sé si usted sabrá que no todas las princesas que dan bailes en Madrid son Santas Mónicas, ni Santas Ritas de Casia!... Conozco, sin embargo, que hay alguna diferencia entre mi amiga y otras pecadoras... ¡Julia ha tenido siempre el pícaro defecto de ser demasiado franca y atrevida! ¡En lugar de ocultar sus amantes (y aquí me permito la generosidad de suponer que las demás los oculten enteramente), ha viajado con ellos por mar y tierra, los ha exhibido en los teatros de París, en los hipódromos de Londres, en los Museos de Florencia, en los lagos suizos, en las mesquitas de Constantinopla y en los Santos Lugares de Jerusalén...

¡Donde únicamente no los ha ostentado nunca (gran rareza) ha sido en España, en su patria, en la tierra de sus ilustres mayores! Pero, en fin, ha cometido el feo pecado de escándalo por exceso de vehemencia física, por su funesto empeño en parecerse á algunas heroínas de *Jorge Sand* y á esta misma escritora, y por demasiado soñar con héroes como los de lord Byron, ó como lord Byron mismo... ¡No ha tenido presente que, para la sociedad, es mucho más grave faltar á las leyes de la hipocresía que á las de la virtud! Pudiera, en cambio, alegarse en favor de la llamada *aventurera*, que no ha engañado, arruinado ni costado un maravedí á ningún hombre; que, de casada, no faltó á su marido... ¡ni aun después del divorcio!, y que, de viuda, no *simultaneó* jamás en la concesión de sus favores, sino que permaneció fiel á cada amante, hasta que la fatalidad puso término á la respectiva alianza... ¡Porque esto es lo cierto y positivo, como ya irá usted deduciendo de mi relación! Se dirá que cuatro ó seis amantes son muchos (y yo lo reconozco también, aunque trato á respetables... ó cautas madres de familia que han tenido catorce...); pero fijémonos en el destino trágico que ha perseguido siempre á la amorosísima Julia... Ya sabrá usted que, recién puesta de largo, se casó con un general francés muy bruto y muy hermoso, de quien tuvo que separarse á los dos años... Aquella boda fué una de tantas deplorables ideas de Alfonso, hermano único de la pobre muchacha, y tan valeroso, guapo y desprendido como ella, al cual siempre quiso entrañablemente. Durante el año que medió entre la separación de los cónyuges y la heroica muerte del general, ocurrida en la guerra de Argel, Julia vivió en un

convento en Austria; y después... ¡ah!, después vinieron los viajes, las fantasmagorías, las locuras románticas, los millones gastados sin honra ni provecho (en redimir cautivos que merecían ser presidiarios, en asustar con sus apuestas á todos los concurrentes al Derby de Londres, y en otras rarezas por el estilo), así como la adoración universal que tributaron príncipes, artistas, lores, poetas y demonios coronados... á aquella especie de lady Stanhope ó de Eon de Beaumont, ó de Bonaparte con faldas, que recorría el mundo trastornando imperios... Total: cuatro amantes efectivos y dos nominales, ó sea cuatro hombres que, en el espacio de nueve ó diez años, consiguieron sentarse á su izquierda en el disparado carro de triunfo de su vida... ¡Volcaron y perecieron, ó se hicieron indignos de seguir en su puesto de honor aquellos héroes; y esta repetida desventura fué para la diosa como una reiterada viudez!... Piense usted en María Stuardo, por ejemplo, ó en la gran Catalina de Rusia, y será menos intolerante con Julieta...

—Ya he pensado...—interrumpió, sin querer, Guillermo.

—Pues la única diferencia que hay entre ellas y nuestra amiga, es que María Stuardo murió en el patíbulo y Catalina de Rusia sobre el trono, mientras que Julia se ha quedado prosaicamente arruinada y á pie... ¡Ah! ¡El dinero! ¡El dinero dora y engrandece todo lo que toca! Pero dejémonos de filosofías... Voy á ver si recuerdo cronológicamente á los cuatro consortes morganáticos y á los dos amantes platónicos de nuestra querida princesa... Por de pronto, sepa usted que todo lo que se ha dicho de un fraile, y de un torero, y de un

republicano húngaro, á quien ahorcaron, es pura invención... ¡Julia ha sido siempre dama y artista, hasta en sus fragilidades y extravagancias! No negaré lo de cierto cantante napolitano... Pero ni las cosas llegaron con él á mayores, ni hay que perder de vista que se trataba de un verdadero genio, el cual hizo llorar y perder la cabeza á toda Europa... No fué, sin embargo, aquel ruiseñor con bigote y perilla el primer devaneo de Julia, sino el cuarto... *Duca Alfonso, mio cuarto marito!*... El primero fué un elegantísimo príncipe ruso, el hombre de moda entre las princesas de entonces, á quien efectivamente, y sin que ahora lo diga como símil, vimos todos estrellarse en Varsovia, disparado por una especie de trineo en que iba con su adorada. El segundo, marqués, poeta, capitán de fragata y andaluz, murió en un desafío, en Trieste, por infundados celos de un joven lord inglés, á quien la pobre Julia no hacía ningún caso. El tercero fué aquel prematuro ministro español, plenipotenciario luego en Turquía, que viajando con ella por Egipto, se volvió loco... de amor, según unos, y de calor natural ó solar, según otros... ¡El caso es que se lo dejó allí enterrado á la sombra de las Pirámides! *Hic est locus* del tenor italiano, al cual otorgó Julia, más bien que favores, el imprudente honor de viajar y poetizar con él por los lagos suizos, con gran escándalo de nuestras veraneadoras de la Grandeza... En tal situación, cierta romántica noche de luna, el muy canalla le pidió doscientos mil francos para comprar una finca en Nápoles, donde dar fondo cuando le *mancasse la voce*... La respuesta de Julia fué darle los doscientos mil francos y dos bofetones, entrambas cantidades por medio de un lacayo negro... En

cambio, el quinto amante se pegó un tiro debajo de la barba el día que trágicos sucesos políticos le obligaron á separarse de ella para siempre... ¡Esta es la más dramática y grande historia de Julia!... Prendada, como he dicho, de la siniestra figura social y literaria de lord Byron, á quien hubiera amado frenéticamente caso de vivir en su tiempo, quiso imitar el único rasgo heroico del gran poeta, gastando millones y arriesgando su vida por defender la independencia de los griegos. Puso, pues, los ojos en la isla de Candía, tan pertinaz en alzarse contra los turcos, y de diez millones de reales que le quedaban entonces, gastó ocho en reclutar, equipar, amar y transportar gente á la antigua Creta para una nueva insurrección...; todo ello por haberse enamorado en Corinto de cierto Príncipe candiota, que no dejó ciertamente de acompañarla en tan hermosa empresa. Fracásó el golpe, pues los otomanos cogieron el buque en que iban todos, y, á buen componer (pues el Príncipe era hermano de una de las favoritas del Sultán), quedó decretado que el candiota pasase toda su vida en cierta isleta fortificada del mar de Mármara. Resignóse á ello el candiota, bajo la condición, propuesta por Julia, de que permitiesen á ésta vivir con él; pero habiéndole negado el Sultán aquella gracia (¡qué egoísta!..., aunque dicen que fué la sultana, hermana del vencido, la que, por envidia de la belleza de Julia, se opuso á aquel arreglo), aconteció que el Príncipe, el día de la separación eterna, escribió á su adorada una carta de delirante amor, que yo he leído, diciéndole que *prefería morir á vivir sin ella...*; y se levantó la tapa de los sesos. ¡Ya ve usted que estas cosas van rayando en lo épico y en lo sublime, y que si Julia no hubiera tenido

el vulgarísimo fin de quedarse pobre en lo mejor de su vida, habría llegado á figurar en las páginas de la Historia! Vamos al último capítulo, que (yo mismo lo conozco) difiere mucho del anterior en grandeza y poesía; pero que igualmente difirió de él consecuencias ó realidades amorosas... Estamos en Baden-Baden..., y digo *estamos*, porque allí estaba yo también aquel otoño... Hace de esto cuatro años y medio... Un *Pequeño Duque* alemán hállase enamorado de Julia, y juega á la ruleta como cualquier hombre de poco juicio. Nuestra amiga juega también sus últimos millones, deseando volver á ser riquísima para comenzar á gastar de nuevo sin limitación ó quedarse francamente pobre, para retirarse á descansar al campo. (Esta era la contestación que daba á mis sanos consejos.) Pierde y pierde el Duque, y sigue jugando por no declararse vencido ni asustado ante la mujer á quien solicita; y pierde y pierde Julia para demostrar al Duque que la gallardía en perder dinero... propio no la admira ni entusiasma, pues es virtud que está al alcance de cualquiera. Arruínase el Duque antes que Julia; y entonces ésta, que ha desdeñado hasta aquel momento el amor del soberano liliputiense, comienza á oírle y á coquetear con él en novelescos paseos á caballo por valles y montes..., á tal extremo que la murmuración supone intimididades efectivas... que no existen. En tal estado, la terrible *Pródiga* (así la nombra el mundo) llega á ganar una tarde hasta diez millones sobre el dinero perdido: los juega de una vez *para ser rica ó pobre* (fueron sus palabras), y los pierde. El Duque la invita entonces á irse con él á su Ducado, donde aun le quedan medios para vivir magníficamente y volver á ser rico en

dos ó tres años de mediana conducta... Todo el mundo cree que tal será el camino que tome la atrevida española...; pero, con asombro general, desaparece de Baden, sin despedirse del Duque ni aun de mí...; y ¡esta es la hora en que ni el Duque, ni el mundo, ni yo hemos vuelto á tener noticia alguna de ella!... Sin embargo, como yo sé que era incapaz de suicidarse, pues reunía todo linaje de arrogancias, y siempre la oí calificar de cobardía el suicidio de su hermano y el del candiota, repito que debe de estar en el campo, en algún cortijo de sus antiguos colonos, haciendo heroicidades poéticas de un modo inverso ó por distinto arte que en la primera mitad de su vida, esto es, heroicidades de castidad, modestia y mansedumbre, ya que no de arrepentimiento y penitencia... ¡Ah! ¡No!... Mística no será nunca... ¡Dios no la ha llamado por el camino del cielo!... Dígame usted ahora si necesita saber más... Pero aquí tenemos al insigne Duque...

—Te buscaba, Manolo... No se incomode usted, Sr. de Loja...—profirió el dueño de la casa, apoderándose del Conde con una mano, y haciendo señal con la otra á nuestro Guillermo de que volviera á sentarse.—Jacoba reclama tus buenos oficios diplomáticos para ultimar cierta negociación muy peliaguda... Perdone usted, Sr. de Loja, que le privé un momento de la compañía de este gran maestro... ¡Pues, sí! Jacoba te aguarda en la galería de los bustos... Se trata de cazar al *Oso blanco*... ¡Ya sabes! Hasta luego, Sr. de Loja; y no deje usted de ir á cenar, pues el comedor se acaba de abrir, y las señoras echan de menos galanes que las sirvan... ¡Verás, hombre! ¡Verás qué idea tan graciosa la de Jacoba!...

Así diciendo, el opulento Duque se alejó apoyado en el brazo del Conde de las Acacias y hablándole al oído.

Eran las dos de la madrugada, y Guillermo tenía bastante, tenía hasta demasiado, con lo que acababa de contarle el viejo diplomático y con las dos lágrimas de Pura, para sus meditaciones de aquella noche... Perdonó, pues, la cena y la segunda mitad del baile, y, sin despedirse de persona alguna, tomó el camino de su casa y de su cama, á fin de entregarse libremente al dulce vaivén de tan gratos y contradictorios pensamientos.

X

PERPLEJIDAD

Figurémonos las dos ó tres horas de insomnio que pasó nuestro joven en aquel lecho de soltero, que ya le parecía provisional, hasta que, á la salida del sol, lo venció la fatiga física y comenzó á soñar en otra forma sobre el mismo tema...

A la cabecera de su cama estaba, de un lado, Julia, defendida y engrandecida por su amigo el Conde, más seductora y extraordinaria que antes, con su romántico prestigio, con su séquito de amadores ensangrentados, con su homérica empresa de Candía, con sus Príncipes y su *Pequeño Duque*; jugando doce millones á la vuelta de una carta ó al rodar de una bola; redimiendo cautivos, como los santos y los reyes; enterrando entre los Faraones al joven estadista que se había vuelto loco de amor por ella, y causando celos á la sultana favorita del Gran

Turco... ¡Ay! ¡sí!...; pero aborrecida también por toda la alta sociedad madrileña, desdeñada hasta por sus propios parientes, y declarada por todos fuera de la ley..., aun después de considerarla muerta y sepultada...

Y al otro lado de la cabecera de Guillermo estaba Pura, la niña ideal, inocente, virgen; la Grande de España, eventual heredera de dos enormes caudales, por todos codiciada y requerida; la que por él, simple obrero de la inteligencia y representante en Cortes del estado llano, había llorado de amor aquella noche...

Aspirar á Julia era rebajarse muchísimo...

En cambio, pretender á Pura era encumbrarse demasiado.

En lo primero había cierto desdoro...

En lo segundo excesivo provecho.

Y, de consiguiente, en ambos casos tenía que arrostrar las críticas del mundo.

Por lo demás, ninguno de los dos caminos estaba libre de obstáculos y contradicciones...

Para llegar á Julia, tenía que renunciar á Madrid y á su ambición; tenía que vencer los reparos que ella misma le opuso la célebre noche del 1.º de Octubre; tenía que conquistar su voluntad de hierro...

Para llegar á Pura, necesitaba vencer, sin más apoyo que el mudable capricho de una niña, la obstinada oposición de sus padres, los orgullosos Marqueses de Pinto.

¡Julia no había contestado á sus cartas!...

¡De Pura no podía prometerse milagros de carácter!

Pues añádase, para colmo de perplejidad, que si la destronada *Pródiga* le parecía más bella y lo atraía como

un abismo deleitoso, la linda hija de los próceres halagaba más el orgullo, la vanidad y la ambición del futuro ministro, á quien todos envidiarían tal alianza...

¡Porque es de advertir que la cartera de Fomento figuraba en este cuadro á los pies de la cama, como si ya se la hubiese conferido S. M. Católica!

Resultado: que Guillermo se durmió optando por casarse con la Marquesita, y soñó que se paseaba á caballo con *la Pródiga* por el ameno valle del *Abencerraje*.

XI

DECISIÓN

Tres horas de sueño llevaba el venturoso joven cuando Enrique y Miguel, forzando la consigna por medio de la mágica palabra *crisis*, que hizo abrir la puerta y tanto ojo al criado, no exento, en verdad, de su correspondiente ambición, penetraron en la alcoba, diciendo con jubilosas voces:

—¡Arriba! ¡Arriba, seor perezoso! ¿Quién piensa en dormir cuando hay dos vacantes en el Gabinete?—¡Se planteó la crisis, y todo el mundo pronuncia tu nombre para la cartera de Fomento!

—Pero decidme, hijos, ¿estáis locos?—exclamó Guillermo, desperezándose.—¿Crisis al amanecer? ¿Pues no duermen los hombres públicos?

—La crisis estalló anoche en un gran baile que, según parece, hubo en casa de los Duques de Carmona...

—De Carmona *s'il vous plait*... Y sabed, además, que